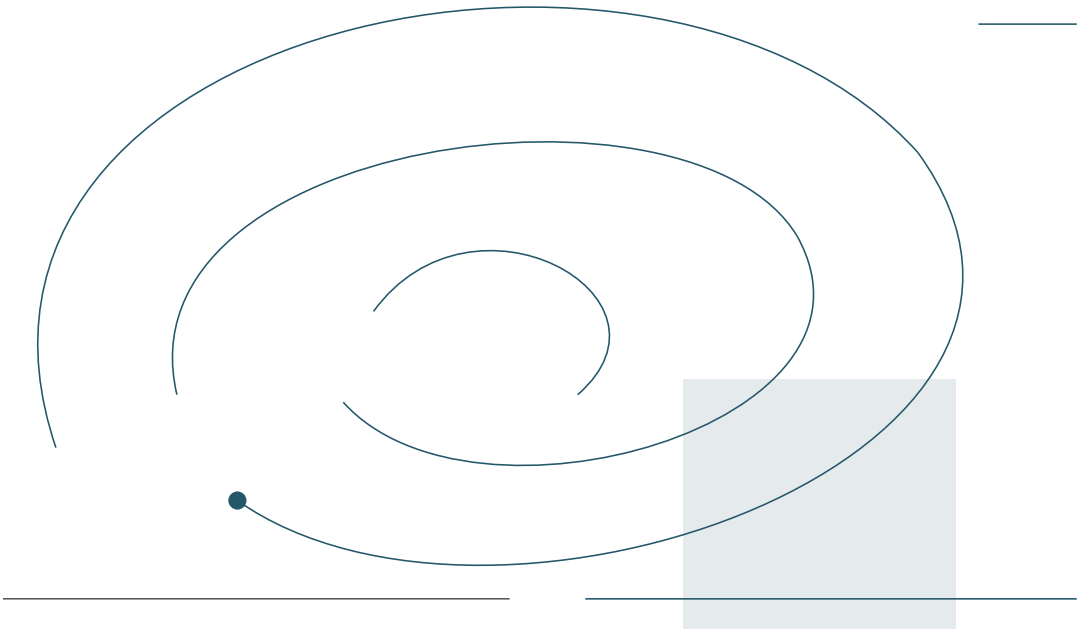
RESTOS · CUADERNOS DE LECTURA

EL TRABAJO DE LA MEMORIA

Memoria olvidadiza

J.-B. Pontalis



Edición y dirección de la colección: Nicolás Vallejo
Material de circulación educativa, académica y cultural

Memoria olvidadiza

J.-B. Pontalis

«Oublieuse mémoire» · *Avant*, capítulo 2 · Gallimard, 2012 · pp. 23–36

1. Memoria olvidadiza: tomo prestado este título de un libro de poemas de Jules Supervielle, cuyo primer verso dice: Pálido sol de olvido, luna de la memoria. Veo en él el signo de una alianza, y no de una oposición, entre la memoria y el olvido, la luna y el sol. Imaginemos lo inimaginable: que nuestro cerebro sea una computadora «de nueva generación», capaz de conservar todo lo que ha registrado, engramado. Lo que hemos sentido, experimentado, lo que nos ha perturbado, queda fuera de su poder. El cerebro computadora, el hombre neuronal, el hombre maquinal ignoran el afecto. Memoria muerta. Presente aplastado.
2. No archivo nada. Tiro mis manuscritos. Solo conservo unos días las cartas de mis amigos, pues me resisto a separarme de ellas apenas leídas: tirarlas, apenas recibidas, sería rechazar también a sus autores. Quemo las cartas que he recibido de las mujeres amadas. (Conocí a alguien que conservaba una copia de sus propias cartas. ¡Cuánto debía de quererse!)
3. Me sorprende que los escritores confíen, en vida, sus archivos a instituciones como el Imec o una biblioteca. Esos archivos están constituidos por sus manuscritos en sus distintos estados —esto podría interesarle a la crítica genética—, su correspondencia con otros escritores, sus carpetas de prensa, sus diarios íntimos —¿por qué no una publicación póstuma?—, notas dispersas. Nunca se sabe: un futuro biógrafo sacará provecho de todo eso.
4. Exagero: me ha ocurrido conservar cursos que había dictado cuando enseñaba, documentos reunidos para un libro que empezaba a escribir y que nunca escribí, hojas donde anotaba reflexiones, citas, diciéndome que podrían servirme algún día, más adelante. Esas carpetas, esos papeles, esas hojas sueltas que nunca levantaron vuelo, jamás los consulté. Dentro de un rato voy a tirarlos al cesto.
5. Mi lugar del archivo es mi memoria.
6. «Todas las inscripciones grabadas en la memoria inconsciente reaparecieron como por efecto de una tinta invisible». ¿Extraigo esta cita de un texto de Freud, del *Wunderblock* (la «pizarra mágica»)? No, es de Baudelaire. Inscripciones, huellas mnémicas: nociones clave de la obra freudiana.
7. Escribo estas páginas en forma de fragmentos y los numero para, a la vez, separarlos y darles una apariencia de orden, con la esperanza de que una lógica, una progresión improbable, terminen por aparecer. Creo que, al proceder así, soy fiel al funcionamiento de la memoria, de la mía en todo caso. Es fragmentaria, discontinua. El género del ensayo no le convendría, el de la narración menos aún. Lo que los psicoanalistas prescriben a sus pacientes —asociar libremente sin tener en cuenta la coherencia de lo que dicen, sin apartar lo que consideran insignificante o incongruente, dejar venir las ideas que vienen— es también, entre otras cosas, poner en movimiento la memoria, permitir el resurgimiento de recuerdos sepultados y la reaparición de huellas ínfimas inscritas en un lugar psíquico inaccesible a la conciencia. Someterse a la «regla fundamental» es acercarse a los fundamentos de la memoria.
8. Archivos. La comparación se le impuso pronto a Freud. Se la evoca explícitamente en *Études sur l'hystérie*: «Todo sucede como si se examinaran archivos mantenidos en un orden perfecto». Resulta tanto más satisfactoria cuanto que da testimonio de la conservación del pasado y de que ese pasado está clasificado según distintos criterios: cronológico, temático, grado de accesibilidad, etc. Se diría que el psicoanalista, en su sillón, se ha trasladado a la *rue des Archives*. Solo necesita armarse de paciencia, descifrar documentos a menudo poco legibles, compararlos, señalar sus contradicciones, adivinar lo que ocultan. Dura labor, ¡pero qué rica en hallazgos y, a fin de cuentas, fructífera resulta la investigación!

La analogía con los archivos satisface, sin duda, al analista investigador-detective. Le hace creer que la amnesia, incluso la que afecta a los primeros tiempos de la infancia, puede levantarse, que nada escapa a la rememoración, que nuestra memoria reúne colecciones de archivos. 9. De niño, Michelet visita el Museo de los Monumentos Franceses. Allí ve las tumbas con sus estatuas yacentes. Él mismo dirá que fue allí, en la visión de esa suerte de escena originaria, donde nació su vocación de historiador que aspira a la «resurrección integral del pasado».

Resurrección integral: deseo loco, pero grandioso. A falta de ser Michelet, también nosotros buscamos, más modestamente, realizar ese deseo cuando, en nuestros sueños, damos vida a nuestros desaparecidos. No están perdidos, no los hemos abandonado; son nuestros visitantes de la noche, fantasmas sin duda, pero que nos protegen y a quienes protegemos de la muerte. Frágil resurrección: no son más que imágenes sin carne, breves alucinaciones. Michelet va más lejos: «He bebido demasiado la sangre negra de los muertos».
10. Preservar el lazo que une a los vivos y a los muertos. Ver en Platón, en Shakespeare, a nuestros contemporáneos. Remontarnos siempre más lejos en el tiempo. A veces los niños, sobre todo los que han sido adoptados, se apasionan por la prehistoria. Ya ancianos, ocupan sus largas horas vacías en construir su árbol genealógico: un árbol y sus raíces. Cuvier reconstruye los dinosaurios. Chateaubriand escribe sus *Mémoires d'outre-tombe*. Jean Delay, sus *Avant mémoire*.

Antes, después: aceptamos mal nuestra finitud, no queremos quedar reducidos a nuestra existencia efímera, a no ser nada más que un individuo. Buscamos apropiarnos de ese tiempo en el que no habíamos nacido.
11. La pasión actual por el patrimonio que hay que salvaguardar, tanto nos decepciona el presente, tanto nos inquieta el porvenir.

Monumentos, fábricas en desuso, herramientas desaparecidas, placas conmemorativas colocadas en las casas donde vivieron personajes célebres. Otros tantos archivos.

12. ¿Y si la memoria, si la divinidad Mnemósine nos llevara mucho más allá de lo que permite la consulta de los archivos? No obedece a la cronología, apenas se preocupa por las fechas; mezcla los tiempos como lo hacen esos sueños en los que lo infantil y un incidente del día anterior —el «resto diurno»— van al encuentro uno del otro. El sueño, como la memoria viva, posee el extraño poder de hacernos presente el pasado, aunque por un tiempo... Como escribe Jean-Pierre Vernant al hablar de Mnemósine, «el pasado así develado es mucho más que el antecedente del presente: es su fuente». Memoria viva, fuente viva. Una fuente no deja de brotar, despierta las aguas dormidas. Comparado con ella, al archivo, aun liberado de su capa de polvo, le cuesta animarse.
13. Diferenciar los recuerdos de las huellas. Los recuerdos, empezando por los recuerdos de infancia, siempre están más o menos reconstruidos, deformados. Los cuidamos con esmero, nos aferramos a ellos como a seres amados. Poco nos importa que sean o no ficciones, tan preciosos nos resultan. Son la prueba de nuestra singularidad: cada cual tiene sus recuerdos, no se comparten. Más fuerte que la evocación del recuerdo, la reminiscencia súbita, inesperada, que una sensación actual suscita como una divina sorpresa. Reminiscencia, o ese sentimiento perturbador de lo ya visto, de lo ya sentido, que se apodera de nosotros. Algo muy distinto de la rememoración. La huella. El cazador se fía de las huellas que ha dejado a su paso la presa que persigue, huellas que quizá solo él sea capaz de detectar —olores, hojas arrugadas— y que deben conducirlo hacia el animal del que quiere apoderarse. El investigador busca las huellas que el criminal ha dejado, sin saberlo, de su delito. El amante rechazado, el amante celoso, al igual que el cazador y el detective, se lanza a una búsqueda desesperada de los signos precursores que anunciaban el abandono, la traición de la mujer amada, y sale en su persecución, como el narrador de *La Recherche* que rastrea a Odette hasta enloquecer. Si el cazador, el detective, el amante vuelven con las manos vacías, están más que decepcionados, frustrados. Están tan perdidos como lo están para ellos el animal, el criminal, la mujer de quienes querían apoderarse y que se les escapan. Se ha perdido el objeto, solo quedan huellas. Pero si se pierden las huellas o estas se borran, como las pisadas en la arena cuando el mar las cubre, ¿qué ocurre después de haberse agotado en vano buscando el objeto perdido, presintiendo que se ha perdido para siempre y que ya solo se persigue una sombra? Sí, ¿qué ocurre entonces? Es esa sombra del objeto la que cae sobre el yo, decía Freud. De la presa codiciada ya no queda más que la sombra, que a su vez hace de uno su presa, y eso se llama melancolía. 14. Mientras que tiro, quemo papeles y cartas, nunca he tirado fotografías. Algunas están cuidadosamente pegadas en álbumes. La mayoría están dispersas delante de los libros de mi biblioteca —imágenes que conducen a las palabras...— o depositadas en el desorden de cajones de donde las saco. Entonces las miro largamente y vuelvo a ellas de tanto en tanto, como si fueran inagotables y algo hasta entonces inadvertido fuera a aparecérseme.

A menudo ignoro dónde y cuándo fueron tomadas. Esa imprecisión me irrita un momento antes de encantarme. Al no lograr responder a las preguntas —«¿Cuándo fue aquello?», «¿Dónde era?», «¿A quién pertenece esa sonrisa?», «¿Quién es ese personaje del fondo, de aire hosco, y aquel otro, tan alegre, tan amante de la vida, sigue vivo?»—, accedo a un fuera del tiempo, me transporto a lugares indeterminados. Ya nada está circunscrito en el tiempo ni en el espacio. Y, sin embargo, lo que quedó fijado allí, en la película, son instantes de vida, son instantáneas.

¿Será mi memoria una placa fotográfica donde lo efímero y lo intemporal son una sola cosa? ¿Donde la ausencia no es lo opuesto de la presencia?

El libro de Roland Barthes que prefiero, junto con *Journal de deuil* —que a mis ojos es su contraparte—, es el que dedicó a la fotografía. Se titula *La Chambre claire*. Recuerdo haberme detenido en esta frase: «Esa cosa un poco terrible que hay en toda fotografía: el retorno del muerto». Extrañamente, una fotografía, incluso la de una persona viva, es portadora de una desaparición. Ese niño pronto dejará de serlo, ese joven risueño que era mi padre ha muerto, esa casa que tanto amé ya no existe. Otra vez Barthes: «El noema de la Fotografía es simple: "Eso ha sido"».

Perturbadora alianza: la de «todo debe desaparecer» con la evidencia de la aparición.
15. Fotos de clase, tomadas año tras año en el patio de mi liceo. Esas, bien conservadas, bien ordenadas como archivos, que han sobrevivido a numerosas mudanzas. En el reverso había escrito los nombres de todos los alumnos de mi clase, como para asegurarme de que más adelante a cada rostro se le asignara un nombre propio. Asociando un rostro y un nombre corría menos riesgo de olvidarlos y de olvidar aquellos años.

Nunca volví a ver a esos compañeros. Ignoro qué ha sido de ellos. Imagino que la mayoría ha dejado este mundo. Pero gracias a esas fotografías me dan noticias suyas. 16. Se me objetará que es una contradicción en los términos. Poco me importa, lo digo: «Mi memoria es inmemorial». Como la de Peter Ibbetson, el héroe de la novela de George du Maurier. Ese hombre tiene todas las edades. 17. Georges Perec se presentaba así ante su analista: «No tengo recuerdos de infancia». Parecía reivindicar esa amnesia, cuando era la confesión de un dolor mudo, la pérdida de una madre desaparecida sin dejar huellas.

Entonces, a falta de poder colmar ese agujero negro, Perec escribe *Je me souviens*, donde anota pequeños hechos «insignificantes»: «Me acuerdo de Ploum, ploum tra la la. Me acuerdo del scoubidou».

Cada uno de nosotros puede componer su propio «Me acuerdo»: se ha convertido en un juego. Puede verse en ello un entretenimiento que a la vez nos aleja y nos acerca a lo que no pudo inscribirse en nuestra memoria, a lo que no encontró un lugar para hacerlo: una memoria agujereada.

Perec es el autor de *La Disparition*, una novela en la que la e es invisible y el lector no ve más que esa vocal ausente. Este libro no es la proeza oulipiana que tantos críticos han celebrado. Oculta, al mismo tiempo que revela, una falta imposible de colmar. Es el signo de un desamparo que no puede decirse, solo adivinarse. Más tarde, Perec podrá

por fin escribir un *Souvenir d'enfance* atribuyéndoselo a W...

18. Toda memoria es selectiva. A cada instante seleccionamos: nuestra atención es selectiva, nuestra percepción, como lo son nuestro campo visual, nuestros pensamientos, nuestros intereses. Lo que admitimos en nuestro territorio es sumamente limitado; nuestra cartografía íntima ignora continentes enteros. Nuestra memoria, más que cualquier otra función, elige, rechaza. Si envío un currículum, solo inscribo en él las etapas de mi carrera: estudios, trayectoria profesional, títulos y trabajos, cuando puedo hacerlos valer. Si escribo mis Memorias —y para hacerlo más vale haber sido alguien que un cualquiera—, doy cuenta sobre todo de mis grandes hazañas, de lo que merecería entrar en la Historia; mantengo la discreción sobre lo que, sin embargo, me pertenece de manera más propia: mis amores, mis sufrimientos, todos esos días en que no me ocurría nada... memorable. Si, queriendo entregarme más, llegar hasta desnudarme, escribo mi autobiografía, la escribo a partir de lo que he llegado a ser; me invento una vida para darle un sentido (en la doble acepción de la palabra). Si me apasionan los archivos, elijo mi sector: archivos policiales, judiciales, familiares y, para no ahogarme en ellos, extraigo lo que me interesa: el objeto de mi investigación. ¿Qué selecciona mi propia memoria? ¿Según qué criterios? ¿Con qué fin? Hablo de ella como si fuera un sujeto libre de sus decisiones, capaz de decir: «Esto sí lo quiero, me importa. Esto no lo quiero, lo rechazo». Pero no es dueña de sus elecciones. Obedece a leyes que ella misma ignora. ¿Hay que creer que lo que rechaza fuera de sus fronteras son solamente indeseables, que lo que hacemos caer en el olvido, ese inmenso río Leteo, sea efecto de la represión? Freud nos enseñó eso y lo demostró magistralmente a propósito del olvido de los nombres propios, en particular el de Signorelli. Me gustaría creerlo sin reservas. Y me alegra mucho cuando, después de buscar en vano un nombre, por fin lo encuentro y descubro por qué lo había dejado de lado. Un olvido «freudiano»: perfecto, ¡al menos no es el signo precursor de un Alzheimer! Y además me tranquilizo: la memoria no puede almacenarlo todo.

No envidio la suerte de esos hipermnésicos que imprimen miles de informaciones en su cerebro, registrándolo todo pero sin incorporar nada. Ignoran la música de la memoria.

19. Mientras escribo estas páginas, he aquí que, después de haber afirmado que no conservaba nada, ni cartas ni manuscritos ni documentos ni notas de lectura, en fin, nada que, en algún día más o menos lejano, hubiera tenido alguna importancia para mí, he aquí que abro una gran caja de cartón guardada en un rincón de mi escritorio, que descubro en ese revoltijo, entremezclados, arrugados, toda clase de papeles y que los leo, que empiezo a seleccionarlos; he aquí que vacilo en deshacerme de ese fárrago, que encuentro interés en esas hojas dispersas, que las descifro; he aquí fragmentos de mi vida que había olvidado: mirá, Jacques me había enviado esa carta conmovida en la que me anunciaba la muerte de su mujer; mirá, una postal de Jipé Vernant desde Belle-Île y esa otra de Claude Roy alentándome a escribir. Y ese fajo de hojas garabateadas debía de ser el comienzo de una novela que nunca logré llevar a buen término; y esa conferencia que di en Londres, en inglés, ¡realmente nada mal!

Ni pensar en tirar todo eso a la basura. Vacío la caja. Clasifico, ordeno, coloco cuidadosamente en carpetas de distintos colores lo que he recogido, inscribo una fecha y un número en cada una de ellas. Estoy constituyendo mis propios archivos.

No me preocupa saber si servirá para algo, pero está ahí, en un mueble con casilleros, como los que se ven en las escribanías, un mueble frente a mí, al alcance de mi mirada. Sorprendentemente, eso me ayuda a vivir mi presente, como si las reliquias de mi pasado no estuvieran separadas de mi yo de hoy y la discontinuidad de mi vida recuperara al menos una apariencia de continuidad. 20. *Le Goût de l'archive*, de Arlette Farge: una maravilla de inteligencia. La autora es historiadora. Descubre, en jirones de vida de desconocidos, de olvidados, de anónimos, con qué renovar tanto la historia de los acontecimientos como la de larga duración. También vuelve presentes, al sacar a la luz hechos singulares desatendidos por los historiadores, sectores enteros del pasado.

Levanta el velo. Devela. Amplía el campo de la memoria colectiva como el psicoanalista amplía el de la memoria individual.

INFORMACIÓN EDITORIAL

Edición y dirección de la colección
Nicolás Vallejo.

Fuente y alcance
J.-B. Pontalis, «Oublieuse mémoire», capítulo 2 de *Avant*, Gallimard, colección Folio, © 2012. Edición electrónica: 2 de septiembre de 2013, ISBN 9782072488221. Páginas 23–36 según la tabla de paginación del EPUB citada en el archivo recibido.
Adaptación editorial de la traducción suministrada. Se conservan sus veinte fragmentos y 55 párrafos. Sin notas originales ni notas de traducción. Las citas proceden de la traducción del texto reproducido por Pontalis; no se presentan como citas de ediciones españolas verificadas.

Circulación y uso
Material de circulación educativa, académica y cultural. Edición preparada para su utilización en seminarios, cursos y espacios de formación a cargo de Nicolás Vallejo. Distribución no comercial. Sin fines de lucro. Venta prohibida.

Derechos
Se reconocen los derechos de autores, editoriales y demás titulares. Esta versión se presenta como edición de lectura, no como traducción oficial o autorizada.

CITA BIBLIOGRÁFICA SUGERIDA Pontalis, J.-B. «Memoria olvidadiza». *Restos · Cuadernos de lectura*, serie El trabajo de la memoria. Edición y dirección: Nicolás Vallejo. Fuente: *Avant*, Gallimard, 2012, pp. 23–36. Para citas textuales, indicar la página de este cuaderno.